

los astros ponen su solio, y, por este motivo, donde aparece algo que sea humilde lo rechazan, «porque no se acomodan a su orgullo» los términos pequeños sobre los cuales han de fundar sus juicios. Y así continúa diciendo nuestro Beato:

«Ponen en duda todos los milagros e historias referidos por autores fidedignos, o sacados de crónicas de las Ordenes religiosas, que dan fe de la misericordia y del poder de la Santísima Virgen.»

En estos casos olvidados de la respetabilidad de los que hablan, atribuyen las gracias extraordinarias de María a inventos de la escesiva piedad de los que se creyeran objeto de tales favores, destruyendo con este modo de pensar la sencilla confianza de las almas más doctas en la presencia de María, que ha sido correspondida por la Madre de la misericordia, y es y será con finezas de amor, con dádivas generosas, con inefables delicias, con dulcísimas pruebas de maternal cariño. Favores de los que ellos no gustan porque están reservados para los humildes. *Divites eguerunt et esurierunt: inquirentes autem Dominum non minentur omni bono.* (Ps. 33, 10).

Y si tal hacen con los que deben saber delante de Dios, por lo menos tanto como ellos, ¿qué no harán con lo acaecido a los humildes o con los actos de piedad practicados por ellos, a los que sirve de rico estuche la humildad en que se encierran las preciosas margaritas de la fe más pura? He aquí como responde nuestro amadísimo Vidente:

«No saben ver sin pena a las gentes sencillas y humildes arrodilladas ante un altar o una imagen de la Santísima Virgen, a veces en el ángulo de una calle, rogando a Dios, y hasta los acusan de idolatría, cual si adorasen la madera o la piedra; dicen que ellos no pueden aprobar esas devociones exteriores, y que no son de espíritu tan cándido que vayan a creer tantos cuentos e historias como se atribuyen a la Santísima Virgen.»

Pero no para aquí la osadía de estos devotos, norma y regla de todo saber y de todo espíritu, con la salomónica sabiduría que los caracteriza se atreven a penetrar hasta en los más venerables estadios de la ciencia cristiana y a juzgar a su capricho los escritos de los mismos Santos Padres en lo que se refiere a las alabanzas sin límites que han hecho de la Santísima Virgen. Y así dice nuestro Beato:

«Si se les refieren las alabanzas admirables que los santos Padres han tributado a María o responden que al hacerlo así hablaban como oradores, exagerando las cosas, o dan una mala interpretación a sus palabras.»

Fariseos intelectuales son estos falsos devotos, y pluguiera al cielo que no fueran también fariseos morales; plantas forrageras, si se me permite la comparación, son estos devotos, en el campo fecundísimo de la Iglesia, los cuales ahogan las sencillas y humildes plantas que son el mejor ornato del jardín de la gracia y que viven pudorosas, como emblemas de la humildad y del candor de las virtudes cristianas. Por lo cual, con muy sobrada razón, acaba diciendo nuestro amadísimo maestro montfortiano:

«Todos estos falsos devotos y gentes orgullosas y mundanas son mucho de temer y hacen gran daño a la devoción a la Santísima Virgen, ale-